

dára, y una mano desconocida llamase á vuestra puerta, os hablara y os prestara auxilios y consuelos, ¿qué sentimiento de ternura y gratitud no experimentarais? Ved ahí lo que debéis llevar al pobre, y por qué Jesucristo bendijo la visita á los pobres, diciendo: *Infirmus eram, et visitastis me.*

Cada día estamos diciendo que, al visitar á un pobre, visitamos á Jesucristo; pero ¿lo creemos de buena fé? Si vinieran á decirnos que Jesucristo está postrado en cama, como estaba clavado en cruz en el Calvario; si vinieran á decirnos, que va á rendir el último suspiro, ¿acaso no iríamos á verle? ¿acaso no caeríamos de rodillas? ¿acaso no besaríamos sus sacratísimas llagas? Veamos, pues, hermanos míos, veamos en cada pobre enfermo á Jesucristo, clavado en un lecho de dolor; él nos espera, y nosotros no vamos á verle. ¿Por qué? porque no queremos dejar nuestras comodidades, ni tomarnos molestia alguna. Finalmente, si nosotros también somos pobres, debemos, á lo ménos, ayudar á los demás en todo lo que podamos. Por poco que sea, demos algo á las personas que visitan á los pobres, démoslo generosamente.

Así debemos conducirnos para con nosotros, con nuestros parientes y con los pobres, durante el gran misterio que lleva el nombre de enfermedad. Yo deseo que este discurso deje en vuestra alma alguna semilla de una caridad diligente y eficaz, á fin de que podáis decir con verdad, en la certidumbre de haber cumplido vuestro deber, las mismas palabras que Jesucristo ha puesto hoy en mi boca: *Infirmus eram, et visitastis me.*

Véase: DOLOR (MISION DEL).

ENGAÑOS DEL PECADOR.

Domine, ut videam.

Señor, haz que yo tenga vista.

(Luc. xviii, 41.)

El demonio lleva los pecadores al infierno, no con los ojos abiertos, sino cerrados: primeramente los ciega, y despues los lleva á penar eternamente en su compañía. Debemos, pues, si queremos salvarnos, orar continuamente á Dios con el ciego del Evangelio: *Señor, haz que vea: Domine, ut videam.* Señor, iluminadme, hacedme ver el camino que debo seguir para salvarme, y no permanecer engañado por el enemigo de mi salvacion. Nada nos interesa tanto, como conocer los innumerables ardides de que se vale el enemigo de nuestra salvacion, para hacernos perder la gracia del Señor, é inducirnos á cometer el pecado; porque, una vez conocidos estos ardides, nos será fácil, con los auxilios que Dios nos dispensa, triunfar de todas las tentaciones. Voy, pues, hermanos míos, á demostraros cuales son estos engaños, con que el astuto enemigo de nuestra felicidad procura inducirnos al mal; y no dudo que, conociéndolos, hareis los mayores esfuerzos para salir victoriosos de cuántos lazos os tiende el demonio para perderos, y, así, las tentaciones, léjos de seros perjudiciales, os proporcionarán una corona más brillante en el cielo. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Para mejor conocer estos engaños, figurémonos un jóven, que, arrastrado de una pasion, vive en el pecado, esclavo del demonio, sin pensar jamás en su eterna condenacion. Hijo mio, le digo yo, ¿qué vida es esa que llevas? ¿Cómo puedes salvarte, si sigues viviendo de ese modo? ¿No ves que caminas al infierno? Pero luego el demonio le dice por otro lado: Y ¿por qué te has de condenar? Sacia, ahora, tus pasiones, que, despues, te confesarás, y así se evitará el peligro. Esta es la red con la que conduce el demonio tantas almas al infierno: *Satisfice tus pasiones, que despues te confesarás.* Mas, entre tanto,

repito yo, vais perdiendo el alma. Decidme, si vosotros tuvieseis en la mano una alhaja que valiera mil ducados, ¿la arrojariais á un rio, con la esperanza de buscarla despues? ¿Y si no la volviesséis á encontrar? Vos, Dios mio, teneis en vuestra mano la alhaja de mi alma, comprada por Jesucristo con el precio de su santísima sangre; y yo quiero arrojarla al infierno, porque por un solo pecado mortal que cometo, quedo agregado al número de los condenados; mas, digo yo, espero recobrarla despues, haciendo una buena confesion. ¿Y si no puedes recobrarla despues? Para hacer una buena confesion, necesitas un verdadero dolor de los pecados, y este dolor es un don de Dios: si Dios no te lo dá ¿no quedarás condenado para siempre?

2. Pero dice el pecador: *Yo soy jóven, Dios se apiada de la juventud; despues me dedicaré á su servicio.* Este es otro engaño del demonio. Eres jóven; pero ¿no sabes, que Dios no atiende á los años, sino á los pecados que cada uno tiene? Eres jóven; pero ¿cuántos pecados has cometido? Quizá habrá muchos ancianos que no habrán cometido la cuarta parte que tú. ¿Y no sabes, además, que Dios ha fijado el número de pecados que quiere perdonar á cada uno? *Domini patienter expectat, ut eos, cum judicii dies advenerit, in plenitudine peccatorum puniat* (II MACH. VI, 14). Dios tiene paciencia, y espera que se llene la medida; pero, en habiéndose cometido el número de pecados prefijado por él, ya no perdona, y castiga al pecador, ó dejando morir al infeliz en aquel triste estado en que se halla, ó abandonándole en su pecado. Si uno posee un terreno, que ha cultivado muchos años, y plantado el vallado al derredor para tenerle guardado, y hecho en él muchos gastos, pero ve, sin embargo, que el terreno no dá fruto alguno; ¿qué hace? Arranca el vallado y le deja abandonado, para que entre en él cualquiera que guste, sean hombres ó bestias. Temed, pues, que Dios no obre así con vosotros.

3. Suele decir el pecador: *Yo no tengo confianza ahora de resistir á esta tentacion.* Este es el tercer engaño con que el demonio te hace creer, que no tienes fuerzas para resistir á las tentaciones. Pero, S. Pablo dice, *que Dios es fiel, y no permite que seamos tentados más de lo que podemos resistir* (I COR. X, 13). Pregunto yo: si ahora no confias poder resistir á la tentacion, ¿cómo confiarás resistir despues? El demonio será más fuerte contra tí, y tú más débil contra el demonio. Si no confias ahora apagar esa llama de la pasion, ¿cómo confiarás apagarla despues que haya cobrado mayores fuerzas? Dirás, que Dios te dará su ayuda. Pero Dios está dispuesto á darte su ayuda ahora tambien, si tú la quieres; ¿por qué, pues, no se la pides? ¿Esperas, acaso, que el Señor, sin que tú te tomes el trabajo de pedirselo, te

aumente despues el auxilio y las gracias, cuando tú hayas aumentado tambien los pecados? ¿Dudas, por ventura, de la fidelidad de Dios, que ha prometido conceder todo aquello que se le pide? Dios no puede faltar á sus promesas. Acude á él, y él te dará aquella fuerza que necesitas para resistir.

Pero tú no quieres pedirle, y dices, que ahora quieres hacer tal pecado, y que despues te confesarás. Díme: ¿cómo sabes tú que Dios te dará tiempo para confesarte despues? Porque me confesaré presto, me dirás; antes de que pase una semana. ¿Y quién te asegura una semana de tiempo? Me confesaré mañana mismo, me responderás. ¿Y quién te asegura que vivirás mañana? ¿Cuántos se han retirado con salud á dormir por la noche, y han amanecido muertos á la mañana siguiente! ¿Y cuántos han muerto, estando cometiendo el pecado, y han sido sepultados en el infierno? Si esto te sucede á tí tambien, ¿cómo pondrás remedio despues á tu eterna condenacion?

4. *Pero Dios es misericordioso.* Aquí teneis otro engaño, con que el demonio alienta á los hombres al pecado y á perseverar en él. Dice un autor, que más almas conduce al infierno la falsa esperanza en la misericordia de Dios, que la justicia divina. Y así sucede efectivamente, porque, confiando ciegamente muchos en la misericordia de Dios, siguen en la senda del pecado, y se condenan miserablemente. Dios, dicen, *es misericordioso.* Lo es, en verdad: nadie lo niega. Pero, sin embargo ¿cuántos envia al infierno cada dia? Es misericordioso, pero tambien es justo, y, por lo mismo, se ve obligado á castigar al que le ofende. Es misericordioso con los pecadores, pero solamente con aquellos que se arrepienten de haberle ofendido, y temen volverle á ofender. Pero con aquellos que abusan de su misericordia para ofenderle más, es justo. El Señor perdona los pecados, pero no puede perdonar la voluntad de pecar. S. Agustín dice, que el que peca con la idea de arrepentirse despues de haber pecado, éste no se arrepiente, sino que se burla de Dios: *Irrisor est, non penitens.* Y el Apóstol dice, que Dios no deja que se burlen de él: *Deus non irridetur.* (GAL. VI, 7). Sería burlarse de Dios, ofenderle el pecador á su antojo, y entrar despues en el paraíso.

5. Pero, dice el pecador: *Así como Dios ha tenido tanta misericordia conmigo hasta aquí, espero que la tendrá en adelante.* Este es otro engaño. ¿Con que, porque Dios no te castigó hasta ahora, no ha de castigarte jamás? Antes bien, cuanto más misericordioso haya sido contigo hasta el presente, tanto más debes temer que te castigue, y no te perdone en adelante, si vuelves á ofenderle. La paciencia con que Dios os ha sufrido, debe moveros, no á despreciarle

más, sino á servirle y amarle mucho más; compensándole las ofensas que le hicisteis, con la penitencia y con otras obras buenas, viendo que ha usado con vosotros de tanta misericordia, que no tuvo con otros pecadores. Y debéis temer tambien que os abandone Dios y seais condenados al infierno, si cometeis un solo pecado más.

6. Vamos ahora á tratar de otro engaño del demonio. Suele el pecador discurrir de este modo: *Es cierto, que puedo condenarme, ó, al ménos, pierdo la gracia de Dios con este pecado; pero tambien puede suceder que me salve, aún despues de haberle cometido.* En efecto, puede suceder que te salves, aún despues de haber cometido este pecado; pero no puedes negarme, que despues de haber cometido tantos pecados, y despues que Dios te ha concedido tantas gracias, es mucho más fácil que te abandone y te pierdas para siempre, si ahora vuelves á ofenderle. Oye lo que dice la santa Escritura: *Cor durum habebit male in novissimo* (Eccl III, 27). El pecador obstinado tendrá mala muerte: *Qui malignantur, exterminabuntur* (PSALM. XXXVI, 9). Y en otra parte: Lo que el hombre sembrare, aquello cogerá: *Qua enim seminaverit homo, hæc et metet* (GAL. VI, 8). El que siembra pecados ¿qué puede coger al fin sino tormentos eternos? Os llamé yo, dice en los Proverbios, y vosotros os burlasteis de mí; pero á la hora de vuestra muerte me burlaré yo de vosotros: *Vocavi et renuistis... in interitu vestro ridebo et subsanabo vos* (PROV. I, 24 ET 26).

Oidas estas amenazas que hace Dios contra los pecadores, ¿os parece, hermanos míos, si es fácil ó difícil salvaros, si seguis ofendiendo á Dios, despues que os ha llamado tantas veces, y ha sido tan frecuentemente misericordioso con vosotros? Tú dices: *Puede ser que me salve á pesar de este pecado.* Pero yo te respondo, que es grande necesidad apoyar la salud eterna en un *puede ser* tan peligroso. ¿Cuántos están ardiendo ahora en los infiernos por ese *puede ser*! ¿Quieres tú acompañarlos en su desgracia? Reflexionad bien, oyentes míos, y temed, que puede ser la última misericordia que Dios usa con vosotros el haberos permitido escuchar este sermon.

Véase IMPENITENCIA.

ENSEÑANZA DE LA IGLESIA, véase IGLESIA.

ENVIDIA.

Cum intraret Jesus in domum cujusdam principis Pharisæorum sabbato manducare panem, ipsi observabant eum.

Habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales Fariseos á comer en un día de sábado, le estaban estos acechando.

(Luc. XIV, 1.)

Si los fariseos hubiesen observado al Salvador del mundo, para recoger los oráculos que de sus labios brotaban, su conducta hubiera sido laudable; pero no le observaban sino para censurarle y condenarle. Porque un hidrópico se presentó ante él en sábado, para obtener su curacion, los fariseos acusaron á Jesucristo de haber infringido la ley; mas la sabiduría eterna les enseñó, que las obras de caridad están siempre permitidas. ¿Quién de vosotros, les dijo, cuando su animal doméstico cae en un pantano, no lo saca el día del sábado? ¿Por qué no se permitiría curar en este día á un hidrópico? Con todo, la envidia, que fué siempre la pasión dominante de los fariseos contra Jesucristo, les cerraba los ojos sobre cuanto podia justificar su conducta. Esta pasión suscitó al Salvador todas las persecuciones que sufrió de sus enemigos, y, al fin, le llevó al Calvario; pasión cruel, que comenzó con el mundo, que se ha perpetuado en todos los estados, y que yo voy á combatir en este día, manifestándoos, que no hay pasión más injusta y más ciega que la envidia. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dolerse de la dicha ajena y gozarse en su desdicha: tal es, en dos palabras, el carácter de la envidia, pasión de las más injustas por su oposición á la caridad, y por los grandes males que causa. Todos los hombres componen una sociedad, ó una misma familia, cuya cabeza y padre comun es Dios. El Señor, que es la caridad misma, comuníquese á los individuos de esta sociedad con los bienes que sobre ellos derrama; tambien quiere, que estos individuos mantengan unos con otros el trato de una officiosa caridad, que haga comunes los bie-